

REVISTA TEOLOGICA

CONTENIDO DE ESTE NUMERO:

El desafío de las Confesiones en la actualidad	1
¿Un cambio de la toga?	10
¿Revolución para Dios de los "Jesús-People"?	13
Verdadero ecumenismo	16
La declaración de Frankfurt	18
Homilética	27
Bosquejos para sermones	36
Bibliografía	47

LA DECLARACION DE FRANKFURT

NOTA DE LA REDACCION

La "Declaración de Francfort" que originalmente fue firmada por algunos teólogos conocidos pero que pronto provocó un eco mundial, se debe a la crisis profunda por la que pasa la misión de la iglesia y con esto la iglesia misma, porque esta crisis afecta los fundamentos de la iglesia. La creciente inseguridad acerca de lo que debía ser considerado como meta de la misión cristiana causó una confusión e inquietud de vasto alcance. Por una parte se propaga, después de la asamblea del Consejo Mundial de Iglesias en 1968 en Uppsala, el humanitarismo como la verdadera meta de la misión actual. Con esto se ha desviado peligrosamente —y podemos agregar heréticamente— la tendencia misional desde la meta evangelística hacia fines social-revolucionarios. Por otra parte, y tal vez como desarrollo lógico de lo anterior, se habla preferentemente del Cristo cósmico y de un cristianismo latente en que Cristo actuaría igualmente como en la iglesia cristiana. En esta teología, la congregación o iglesia que confiesa el nombre de Cristo es considerada como la parte exterior o superior de un iceberg que emerge del agua pero que en su parte mayor bajo el agua comprende la iglesia latente. Se afirma que Cristo estaría actuando aunque en forma latente, también en otras religiones. Por lo tanto no podría ser la meta de la misión la conversión de no-cristianos al cristianismo, y tampoco debieran hablar ya de "paganos". Frente a tal confusión este documento de Francfort con sus formulaciones temáticas que se propagaron de una forma sorprendente como casi ningún otro documento teológico, puede servir de gran ayuda. A la amplia serie de traducciones en las más diversas lenguas del mundo agregamos esta castellana deseándole una acogida favorable.

F. L.

La iglesia de Jesucristo tiene el sagrado privilegio y la irrevocable obligación de participar en la obra misional del Dios trino, obra que debe hacerse extensiva al mundo entero. Objeto e intención de esta obra es: que el nombre de Dios sea glorificado entre todos los pueblos; que el género humano sea salvado de la ira venidera del Señor y conducido hacia una nueva vida, y que sea establecido el gobierno de su Hijo Jesucristo, en la expectación de su segunda venida.

Esta es la forma en que la cristiandad siempre ha entendido y desempeñado la Gran Comisión de Cristo, si bien, preciso es confesarlo, no siempre en el mismo grado de fidelidad y claridad. El reconocimiento de la magnitud de la tarea, y la obligación misional que la iglesia tiene en su totalidad, condujo a que se hicieran esfuerzos tendientes a integrar la misión en las iglesias estatales (de Alemania), y en 1961, en el Concilio Mundial de Iglesias como Comisión y División de Misión Mundial y Evangelismo. Conforme a los términos de su constitución, objeto de esta División es "promover la proclamación al mundo entero del evangelio de Jesucristo, a los efectos de que todos los hombres puedan llegar a creer en él y ser salvos". Entendemos que esta definición refleja adecuadamente lo que los apóstoles consideraron el quehacer fundamental de la era neotestamentaria, así como también el concepto que de la misión tuvieron los padres del movimiento misional protestante.

Hoy día sin embargo, la misión mundial cristiana organizada se ve sacudida por una profunda crisis de principios. La culpa de ello ha de buscarse no sólo en la oposición de fuera y en el debilitamiento del vigor espiritual en nuestras iglesias y sociedades misionales. Más pernicioso es el desplazamiento de sus tareas primordiales a causa de una paulatina falsificación teológica de sus motivos y metas.

Hondamente inquietados por esta desintegración interior, creemos nuestro deber hacer la siguiente declaración pública.

Nos dirigimos con ella a todos los cristianos que por creer en la redención lograda por Jesucristo se saben responsables por la continuación de Su obra salvadora entre la humanidad no cristiana. Nos dirigimos además a los conductores de las iglesias y congregaciones que llegaron a ver con claridad la perspectiva universal de su encargo espiritual. Y nos dirigimos

finalmente a todas las sociedades misionales y sus departamentos coordinadores, que conforme a su tradición espiritual, están llamados de un modo especial a velar por las metas genuinas de la actividad misional.

Siete elementos irrenunciables de la Misión

1. — “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt. 28: 18-20).

Reconocemos y declaramos:

La misión cristiana halla su fundamento, sus metas, su cometido y el contenido de su mensaje solamente en el encargo de Jesucristo, el Señor resucitado, y en su obra salvadora, tal como este encargo y esta obra han sido enunciados por el testimonio de los apóstoles y la cristiandad primitiva en el Nuevo Testamento. La misión se funda en la esencia del evangelio.

Por tanto, nos oponemos a la tendencia actual de determinar la naturaleza y tarea de la misión a base de los análisis socio-políticos de nuestro tiempo, y por las exigencias del mundo no-cristiano. Negamos que lo que el evangelio tiene que decir, como verdad última y más profunda, a los hombres de hoy día, se haga evidente sólo después de ocurrido el encuentro con esos hombres. Antes bien, el contenido del mensaje evangélico ha sido establecido de un modo normativo, una vez por todas, mediante el testimonio apostólico. La situación del encuentro sólo aporta nuevos aspectos en la aplicación del evangelio. En renunciar al principio de que la Biblia es la única norma de doctrina y vida, conduce a que la misión pierda sus contornos definidos, y a que se confunda el encargo misional con una idea general de responsabilidad para con el mundo.

2. “Seré engrandecido y santificado, y seré conocido ante los ojos de muchas naciones; y sabrán que yo soy Jehová” (Ez. 38:23).

“Por tanto yo te confesaré entre las naciones, oh Jehová; y cantaré a tu nombre” (Sal. 18:49; Ro. 15:9).

Reconocemos y declaramos:

La meta primera y suprema de la misión es la **glorificación del nombre del Uno Dios** a través del mundo entero, y la **proclamación del señorío de Jesucristo, su Hijo**.

Por tanto nos oponemos a la aseveración de que la misión hoy día tiene que ver ya no tanto con el hacer conocer a Dios, sino ante todo con la manifestación del nuevo hombre y con la instauración de una nueva humanidad en todos los ámbitos sociales. La **humanización** no es la meta primaria de la misión; es, antes bien, un producto de la regeneración efectuada en nosotros por la actividad salvífica de Dios en Cristo, o también un resultado indirecto de la proclamación del mensaje cristiano y su poder de actuar como levadura en el curso de la historia del mundo.

Una orientación unilateralizante del interés misional hacia el hombre y su sociedad conduce al ateísmo.

3. — “En ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hch. 4:12).

Reconocemos y declaramos:

Base, contenido y autoridad de nuestra labor misional es Jesucristo nuestro Salvador, verdadero Dios y verdadero hombre, tal como la Biblia lo proclama en el misterio de su persona y en su obra salvadora. Meta de esta labor misional es dar a conocer el don de la salvación a todos los hombres en cualquier orden de la vida.

Por esto dirigimos a todos los no-cristianos, que por razón de la creación son propiedad de Dios, el llamado de creer en él y hacerse bautizar en su nombre; pues en Dios sólo les ha sido prometida la salvación eterna.

Por tanto nos oponemos a la falsa enseñanza puesta en circulación dentro del movimiento ecuménico desde la 3ª Asamblea General del Consejo Mundial de Iglesias en Nueva Delhi, de que Cristo como “Cristo anónimo” se manifiesta también en las religiones no cristianas y en los cambios y revoluciones de la historia, de un modo tal que allí el hombre

puede llegar al encuentro con Cristo y hallar salvación en él aun sin la noticia directa del evangelio.

Rechazamos asimismo, como no bíblica, la limitación de la persona y obra de Jesús a su humanidad y ejemplo ético. Con tal idea se abandona el carácter único de Cristo y del evangelio a favor de un principio humanitario que otros pueden hallar también en otras religiones e ideologías.

4. — “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn. 3:16).
“Os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios” (2 Co. 5:20).

Reconocemos y declaramos:

‘Misión’ es el testimonio y la presentación de la salvación eterna, llevados a cabo en representación de Jesucristo por Su iglesia y Sus autorizados mensajeros, con los medios de la predicación, los sacramentos y el servicio. Esta salvación radica en la crucifixión sacrificial de Jesucristo, que ocurrió una vez por todas y para todo el género humano.

Sin embargo, el que esta salvación llegue a ser propiedad del individuo, sucede por la proclamación que llama a decisión, y por el bautismo, que coloca al creyente en el servicio del amor. Y así como el creer, en arrepentimiento y bautismo, conduce a la vida eterna, así el no creer, conduce a la condenación eterna a causa de su rechazo de la oferta de salvación.

Por tanto nos oponemos a la idea objetivista de que en la crucifixión y resurrección de Jesucristo, todos los hombres de todos los tiempos ya han recibido el nuevo nacimiento y ya tienen paz con Dios, independientemente de su conocimiento de la actividad salvadora de Dios ocurrida en el tiempo, o su fe en ella. Con tal concepto falso, el encargo de evangelizar pierde tanto su pleno y autoritativo poder como también su urgencia; y se crea con ese concepto falso en los hombres aún no convertidos una funesta sensación de seguridad respecto de su destino eterno.

5. — “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido de Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 P. 2:9). “No os conforméis a este siglo” (Ro. 12:2).

Reconocemos y declaramos:

La meta primordial visible de trabajo de la misión es **congregar** de entre todos los pueblos, a la **comunidad mesiánica y salvada**.

La proclamación misional deberá conducir en todas partes al establecimiento de la iglesia de Jesucristo, que constituye una nueva y definida realidad como sal y luz en su ámbito social.

Mediante el evangelio y los sacramentos, el Espíritu Santo a los miembros de la comunidad (congregación) la nueva vida y una comunión espiritual con Dios, quien está concretamente presente con ellos, y comunión del uno con el otro, comunión ésta que perdurará por la eternidad. Es tarea de la congregación impeler, mediante su testimonio, también a los perdidos que aún viven fuera de la comunidad cristiana. a una membresía salvadora en el cuerpo de Cristo. y es igualmente tarea suya presentar el evangelio como una nueva comunidad (das Evangelium als neue Gemeinschaft darzustellen).

Por lo tanto nos oponemos al punto de vista de que la iglesia, como comunidad de Cristo, es simplemente una parte del mundo. Nos oponemos al intento de nivelar la diferencia esencial entre iglesia y mundo, como si se tratara de una mera diferencia en cuanto a conocimiento y función. Negamos que la iglesia no tenga sobre el mundo otra ventaja que su conocimiento de la salvación futura que presuntamente incluye a todos los hombres.

Nos oponemos además a ese concepto unilateral de salvación que concede importancia sólo a lo de este mundo, concepto conforme al cual la iglesia y el mundo son simples coparticipes en una futura reconciliación de índole puramente social. Esto conduciría a la auto-disolución de la iglesia.

6. — “Acordaos de que en otro tiempo vosotros erais gentiles en cuanto a la carne... En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa. sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Ef. 2:11,12).

Reconocemos y declaramos:

El ofrecimiento de salvación en Cristo se dirige, sin exceptuar a nadie, a todos los hombres que aún no están ligados a Cristo en la fe consciente. Los que adhieren a religiones y cosmovisiones no cristianas pueden llegar a ser partícipes de esta salvación sólo si se dejan liberar de sus anteriores ligaciones y falsas esperanzas, para ser incorporados en el cuerpo de Cristo mediante la fe y el bautismo. También Israel hallará la salvación si se vuelve a Jesucristo.

Por tanto rechazamos la falsa enseñanza de que religiones e ideologías no cristianas son también senderos de salvación, además de la fe en Cristo.

Rechazamos la idea de que la “presencia cristiana” entre los adherentes a las religiones no cristianas, y el recíproco intercambio religioso mediante el diálogo, sean sustitutos de una proclamación del evangelio con miras a la conversión. Tales diálogos simplemente establecen buenos puntos de contacto para la comunicación del mensaje misional.

Rechazamos asimismo la pretensión de que la adopción de ideas, esperanzas y procederes sociales propios del cristianismo, aun separados de su relación exclusiva con la persona de Jesús, pueden convertir a las religiones e ideologías no cristianas en sustitutos de la iglesia de Jesucristo. Antes bien, les dan a éstas una orientación sincretista y por ende anticristiana.

7. — “Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin” (Mat. 24:14).

Reconocemos y declaramos:

La misión mundial cristiana es la actividad salvadora decisiva y continuada de Dios entre los hombres en el tiempo

que media entre la resurrección y la segunda venida de Jesucristo.

Mediante la proclamación del evangelio, siempre nuevas naciones y nuevos hombres son llamados a la decisión a favor o en contra de Cristo.

Cuando todos los hombres hayan oído el testimonio acerca de Cristo y le hayan dado su respuesta, el conflicto entre la iglesia de Cristo y este mundo capitaneado por el anticristo llegará a su punto culminante. Entonces, Cristo mismo retornará y pondrá fin a este tiempo presente; aniquilará los demoníacos poderes del Maligno (o: del mal; “des Bösen”) y establecerá su reino mesiánico, visiblemente y libre de impedimentos.

Rechazamos la infundada aserción de que la expectation escatológica del Nuevo Testamento haya quedado refutada por el hecho de que el retorno de Cristo no se produjo, y que por lo tanto deba ser abandonada.

Con esto rechazamos al mismo tiempo la ideología entusiasta y utópica de que, sea bajo la influencia del evangelio o por el obrar anónimo de Cristo en la historia, el género humano entero esté ya en este tiempo actual en camino hacia un estado de paz universal y de justicia, y que finalmente llegue a unirse bajo Cristo en una gran comunidad mundial.

Rechazamos el intento de identificar la salvación mesiánica con el progreso, desarrollo y cambio social, y la fatal conclusión que de ahí se extrae de que la participación en los esfuerzos por promover el desarrollo, y la intervención revolucionaria en los puntos de tensión de la sociedad, sean las formas contemporáneas de la misión cristiana. Antes bien, una identificación tal sería un entregarse a sí mismo a los movimientos utópicos de nuestro tiempo en dirección a su orientación anticristiana.

Apoyamos, en cambio, que todas las iglesias aboguen decididamente por la justicia y la paz, y sostenemos que la ayuda para el desarrollo es una concreción, muy adecuada a nuestro tiempo, de la decidida demanda por conmiseración y justicia, así como del mandamiento de Jesús: “Ama a tu prójimo”.

Vemos en ello un importante complemento y una credencial de la misión. Aprobamos también las consecuencias humanizantes de la conversión como indicios señalizantes de la verdadera paz mesiánica.

Recalcamos sin embargo que, a diferencia del eternamente válido perdón mediante la fe en el evangelio, todas nuestras conquistas sociales y éxitos parciales en lo político se ven limitados por el escatológico "Aún No" del reino por venir, y el todavía no aniquilado poder del pecado, de la muerte y del diablo, el "príncipe de este mundo".

Esto fija las prioridades de nuestro servicio misional y nos impulsa a realizarlo en tensa expectación de aquél que nos prometió: "He aquí, yo hago nuevas todas las cosas" (Ap. 21:5).

Traducido del original alemán por E. S.

¿Sabía Ud. que entre las 19 "organizaciones de liberación" apoyadas financieramente por el "Consejo Ecuménico de Iglesias" figura como típico también el movimiento libertador de Mozambique, llamado Frelimo? Según averiguaciones exactas, este movimiento apoyado por la Ecumene se hizo culpable de 450 crímenes contra la humanidad (asesinato, tortura, violación, robo, incendio). Ultimamente, Frelimo inició una campaña especial contra iglesias y sus obras misionales, asaltando a congregaciones durante el culto, destruyendo altares, expulsando o raptando a misioneros. Pero para reunir los fondos necesarios, en un primer instante 200.000 dólares como comienzo, para apoyar a tales movimientos que inclusive usan la violencia, el Consejo Ecuménico invirtió también fondos de misión. La confusión es grande.

¿Sabía Ud. que los gastos mundiales para armamentos, que anualmente suman 150 billones de dólares bastarían para subsanar todas las villas miserias y las zonas de hambre en el mundo? En este contexto puede mencionarse también que frente a los gastos enormes para la exploración de la luna o del planeta Marte son completamente desproporcionados los aportes invertidos en la mejora de la situación económica en los países subdesarrollados del mundo.

Homilética

EL VESTIDO QUE DA DIOS

"Adán, ¿quién te enseñó que estabas desnudo? Gén. 3:11

Señoras y señores:

En el capítulo tercero del libro del Génesis se nos dice que; en los primeros días de la raza humana se verificó un coloquio entre Dios y el primer hombre. Dios se acercó a Adán y le formuló la siguiente pregunta: "¿Quién te ha dicho que estás desnudo?" y Adán no responde. Pocas líneas más abajo, Dios formula a Adán una nueva pregunta: "¿Has comido de la fruta del árbol del cual te mandé que no comieras?"

El libro del Génesis nos dice que cuando Adán, después de haber desobedecido a Dios se encuentra con Este en el jardín, dícele: "Oí tu voz y tuve miedo; y me escondí." Con estas palabras presenta el hombre la consecuencia de su desobediencia. Adán pecó —porque al desobedecer a Dios no hizo otra cosa que cometer pecado— e inmediatamente se apoderó de él un sentimiento de desnudez y de temor ante la presencia divina. Pero, según el relato, Dios indaga, busca el origen de ese sentimiento que hay en el hombre y descubre que era motivado por haber transgredido el mandamiento divino y esta transgresión le ha hecho entender a Adán y Eva que estaban desnudos el uno en presencia del otro y ambos en presencia de Dios.

¿Por qué esa vergüenza...? Por la sencilla razón que Adán y Eva tenían el sentimiento de haber pecado, de haber desobedecido a Dios. Ha sido dicho que "el pecado es la madre de la vergüenza!"

Quando Adán y Eva cometieron su primer pecado, sus ojos se abrieron y ellos tuvieron un solo deseo: "cubrir sus cuerpos", o, diríamos en la actualidad; "tapar sus vergüenzas". Y esto mismo es lo que viene haciendo el hombre desde entonces cada vez que adquiere un vestido. ¿Qué es, por acaso, la civilización? Un prolongado esfuerzo por parte del hombre para cubrir su desnudez.